

de una corriente totalitaria cuya forma política primera está en la tendencia estatalizadora y centralista prusiana. Sin embargo, se le incluye en una antología del liberalismo. No hay duda que, a pesar de todo, en Hegel hay una rama liberal explícita que ahora se esta reivindicando; es más, se empieza a ver que junto a la derecha hegeliana y a la izquierda hegeliana hay un liberalismo hegeliano que ha ejercido una real influencia sobre el posterior desarrollo de las teorías políticas de Occidente. Una vez más se plantea a través de los textos primeros de esta antología el problema de la delimitación del liberalismo como concepción del mundo, ya que sus puntos de partida en lo que afectan a la libertad personal, los derechos primigenios y su fundamento en el Derecho Natural, son compartidos por concepciones básicamente distintas.

Dentro del fundamental criterio cronológico, el criterio lógico está articulado en esta obra con indiscutible acierto. Llega un momento en que el autor se encuentra con la dificultad de incluir las tesis programáticas de los partidos progresistas y con buen criterio dedica un epígrafe titulado "El nuevo horizonte y la formación de los partidos liberales" en el que incluye programas concretos y criterios de acción de los grupos sostenedores, en el orden de los hechos, de la idea liberal. Con el mismo acertado criterio incluye un conjunto de opiniones sobre la constitución de Weimar, concretamente la famosa disyuntiva de Hugo Preuss: "¿Monarquía prusiana o república alemana?"

Por último, un apéndice expone la actividad intelectual relativa a la idea democrática en torno a 1933. Citaremos entre otros autores cuyos textos se recogen, a Thomas Mann, Theodor Litt y Wilhelm Röpke.

En resumen, se trata de un libro hecho con esmero y acierto, que permite, dentro de su relativa brevedad, tener noticia directa de la idea liberal alemana por el conocimiento de sus propios textos.

E. T. G.

MAX EASTMAN, "Reflections on the failure of Socialism". The Devin-Adair Company, New York, 1955. 127 páginas.

El tema del fracaso del socialismo es uno de los que más ocupan la atención de la bibliografía política posterior a la última guerra mundial. Se acusa la preocupación por el hecho de la insuficiencia del socialismo y buen número de libros defienden el retorno al liberalismo económico y político aleccionado y avalorado por la experiencia socialista fallida, que ha durado casi un siglo y que ha conducido a las violentas dictaduras totalitarias, entorpeciendo más que resolviendo los problemas que en principio trató de solventar.

El libro de Max Eastman, literato y escritor norteamericano profundamente instruido en la realidad de lo que es el Estado soviético, dentro del cual vivió en tiempos decisivos, y poseedor de una información directa de la bibliografía rusa, alguno de cuyos libros tradujo, acomete el análisis de este fenómeno. La obra tiene precedentes en otras dos del autor, "The End of Socialism in Russia" y "Stalin's Russia and the Crisis in Socialism", en los que ya se demostraba la imposibilidad de la implantación del socialismo sin dictaduras o conturbaciones de la vida social y económica de los pueblos.

El libro consta de una introducción biográfica y de dos partes, en la primera de las cuales se hace una defensa del liberalismo económico y en la segunda un examen del socialismo en sus relaciones con la naturaleza humana, si bien en ambas la contraposición liberalismo-socialismo se encuentra en constante comparación.

La introducción biográfica sirve a Eastman para relacionar su pensamiento actual con el que ya esbozó en 1916 en dos artículos publicados en su revista marxista "The Masses", que le valió ser admitido como huésped en la Rusia de Lenin y Trotsky. Su pensamien-

to fundamental, que creyó posible se llevara a cabo mediante la experiencia socialista y que hoy sigue sosteniendo, aunque con la convicción de que sólo puede realizarse por la vía liberal, es que lo que importa es "hacer a todos los hombres tan libres para vivir y comprender el mundo como sea posible y de ninguna manera reformarlos o aspirar a reformar el mundo" (página 7).

Para Eastman el socialismo no es una filosofía de la historia ni una filosofía de la vida, sino tan sólo un experimento sociológico en gran escala, que había de tener por método la lucha de clases y cuyo ingeniero o ensayista sería provisionalmente un dictador con la única mira de resolver el problema de hacer la libertad más general y la democracia más democrática.

Tiene la obra el mérito de que su autor no pertenece al número de los escritores occidentales apasionados en contra de Rusia ni tampoco al de los apóstatas resentidos del partido comunista, sino que desde el comienzo, y aun perteneciendo al partido socialista norteamericano, conservó siempre la necesaria independencia de criterio para enjuiciar el fenómeno de la evolución de la implantación del marxismo en el mundo. Ya en tiempo de Lenin se consideró el autor revolucionario científico y socialista experimental, valorando a Lenin como ingeniero político, al quien correspondía verificar dicha experiencia científica. Sin embargo Eastman asiste a la conversión de los libros científicos de Hegel, Marx, Engels, Plekhanov, Lenin... en libros revelados a los que se fué aplicando progresivamente una escolástica cada vez más bizantina. El marxismo pasó a ser religión del Estado, conduciendo a la tiranía por atacar a la libertad humana, y se planteó el conflicto entre el marxismo soviético y el puro método científico a que se debió aspirar.

La evolución de sus ideas socialistas se origina al asistir al complot de Stalin en 1924, que usurpó el poder mediante la destrucción del partido trostkista. El autor, que no fué nunca en puridad ni leninista ni trostkista, sino defensor del progreso de la clase trabajadora mediante el ensayo soviético, se fué distanciando no ya del stalinismo, sino del socialismo. De aquí la importancia casi profética de sus libros anteriores a la batalla diplomática y bélica entre el mundo comunista y el occidental, como los dos citados y su "Marxism Is it Science".

Los motivos que inducen a Eastman a no sólo refutar el comunismo soviético, sino el socialismo de los países de occidente, son las observaciones apuntadas por él de la infiltración perjudicial de la llamada "Fabian Policy" en Estados Unidos, de la perturbación del orden político en Francia y en Italia con el beneficio consiguiente para los respectivos partidos comunistas y del intento fracasado de entorpecer en Alemania la marcha de la prodigiosa recuperación económica llevada a cabo por Adenauer y su ministro Ludwig Erhard. quienes sin olvidar que en todo programa liberal tiene que haber problemas relativos a la cuestión social rehuyeron la implantación del socialismo como sistema salvador de la Alemania vencida, hecho cuyo valor decisivo ha resaltado Wilhelm Reepke. Asimismo alude el autor al hecho de que el gobierno laborista inglés no ha servido sino para crear problemas sociales y económicos alarmantes y debilitar la defensa inglesa contra las tiranías del mundo comunista, a causa de pactos o reconocimientos de Estados como China Roja.

Las esperanzas de los socialistas occidentales sobre la posibilidad de la moderación marxista son falsas, ya que el socialismo se ha probado históricamente que no conduce sino a una dictadura comunista o a facilitar que tarde o temprano

se produzca ésta; por el contrario, el liberalismo, arraigado en la naturaleza humana, promueve con su desnuda verdad económica la ocupación de los hombres en la producción y el consumo bajo el verdadero Estado que es el mercado libre, en donde se realiza automáticamente esa división del trabajo perfecta que artificialmente persigue el socialismo mediante una planificación utópica.

El escritor norteamericano sostiene que aunque pocos se dan cuenta de ello, la teoría de Marx no es una antítesis de la de Rousseau, sino su complemento. En efecto, la afirmación de Marx de que la economía es la base más honda de la actuación humana no responde a un pesimismo cínico o escéptico que rebaje otros aspectos más altos del existir individual y social, sino que responde a su creencia de que la naturaleza humana se encuentra en función de las condiciones económicas variables que, al fin, pueden acomodarse al benigno principio de la clásica justicia conmutativa y distributiva: "a cada cual según sus capacidades y a cada cual según sus necesidades". Pero el Kremlin ha especulado en demasía sobre la valoración de la economía por Marx y ha elaborado toda una Genética. La real contribución de Marx ha sido haber revelado el importantísimo papel—no el único—que desempeñan las relaciones económicas en la determinación de los órdenes de vida política y cultural, lo cual no es sino una fundamentación económica más profunda de la libertad política, compatible con el liberalismo desde un punto de vista científico. Así lo han entendido varios economistas "neoliberales" como el ya citado Roepke, Hayek, von Mises y otros. En el mercado liberal se verifican todos los días de modo espontáneo y natural unas elecciones económicas que simbolizan las verdaderas elecciones políticas, representando el mercado libre el Estado auténtico y no el Estado so-

cialista el mercado auténtico. Eastman no considera que la planificación socialista mejore, sino que más bien empeora las inevitables impurezas de la actividad económica e incluso considera inválidos los ensayos keynesianos.

Los dos grandes errores del socialismo, son: 1.º, imaginar que con su instauración se llega a un bienaventurado fin en el que se detiene el discurrir de la historia y, 2.º, que cesará la lucha de clases. Pero la libertad, o mejor, el amor a la libertad, es el más fuerte de los móviles políticos, como ya vieron Platón y Aristóteles al inclinarse por la constitución mixta, puesto que sólo en un equilibrio de fuerzas sociales puede florecer la libertad, y su verdadera garantía se encuentra en la fuerza armada, en frase de Stuart Chase que el autor subraya. El ideal no es la paz, sino un conflicto balanceado que refleje el inevitable motor de la historia que es la competencia.

El sueño socialista es completamente inútil. El sueño de la felicidad material humana es eso, un sueño, y como tal debe ser relegado de todo proyecto político. El autor coincide con Bertrand Russell al afirmar que el problema siempre será el que Malthus planteó con anterioridad a la aparición del socialismo, es decir, el de la falta de correspondencia entre los bienes materiales y la población. Si al acrecentamiento de los bienes económicos no corresponde una disminución demográfica el socialismo no podrá ser nunca más que utopía sostenida por la violencia en que descansan las dictaduras y deberá ceder el paso a la realidad de la lucha y de la competencia liberales, de las que resultará un orden, si no completamente justo, natural, mientras que del socialismo sólo derivará un orden artificial y tampoco justo.

Considera delincuentes liberales a los prosocialistas británicos que convirtieron la oposición liberal al conservadurismo en oposición labo-

rista, destacando entre ellos a Harold Laski. Estos defensores del "guildismo" filocomunista, que no veían crímenes mayores en la Unión Soviética que los existentes en los países anglosajones, pensaban que el sector económico podía separarse de todos los otros sectores a los que la política afecta, siendo así que, como Hayek ha afirmado, el sector económico abraza a todos los demás.

Alude el autor a los dos ideales positivos de la democracia cuando apareció hacia 1789; la libertad y la igualdad—ya que la fraternidad no ha tenido nunca vigencia en el ámbito público—y a cómo el liberalismo y la democracia socialista se han guiado por uno y otro, excluyendo su compatibilidad. Si en Norteamérica han podido acercarse, en Europa han evolucionado hacia formas radicales, sirviéndose, respectivamente, de la derecha conservadora liberal y de la izquierda progresista o socializante. Así, examina una serie de términos que reflejan la evolución de la democracia liberal hacia el comunismo y el neoliberalismo actuales: progresismo, conservadurismo liberal, liberalismo social, liberalismo crítico, liberalismo científico... y también el término "libertario", lindante con el anarquismo, con el que siempre se han unido los movimientos de agitación preparatorios de la instauración comunista. Pero Eastman se inclina por la expresión liberalismo conservador, que es el que mejor satisface las necesidades del liberalismo en el tiempo presente.

El bolchevismo no es maquiavelismo en el verdadero sentido de la palabra. El maquiavelismo se dió en peculiares circunstancias históricas y es exagerado aplicarlo de un modo extenso sacándolo de su referencia al Principado y a un medio social político como el italiano del renacimiento. En una maquiavelaria estatal y social tan complicada como la soviética no puede

hablarse de maquiavelismo, sino de una religión del inmoralismo.

Se refiere el autor al origen de la palabra socialismo, que se empleó como consecuencia de las ideas de Owen, con el que se encuentra más emparentado Lenin que con Marx, aunque los resultados obtenidos por el dictador soviético no fueran mejores que los alcanzados por el inglés. La refutación psicológica del socialismo puede encontrarse a lo largo de todo el libro, en la defensa de la fundamentación natural de la desigualdad y lo ineludible de que cada hombre, frente a otro, adopte irremediamente una de las dos posiciones posibles: o la de dominación o la de sumisión. Freud es la autoridad en que el autor se apoya para hacer esta afirmación.

Así el totalitarismo no es sino un abandono de la propia civilización y de sus leyes internas de desarrollo natural. La política totalitaria de Stalin es la misma que la de Hitler, sólo que más astuta, fría, ambiciosa y peligrosa para la democracia y la civilización, fundada sobre la moralidad. Puede hablarse de una autodecepción de los países occidentales respecto a la utilidad del socialismo. Los planes de Stalin fueron anteriores a los de Hitler y los políticos americanos, así demócratas como republicanos, no lo vieron. La revolución mundial preconizada en los escritos de Stalin exige violencia y dictadura.

Eastman concluye admitiendo la evidencia de la fuerza socialista como propulsora de nuestro tiempo, pero también está convencido de la imposibilidad de que la civilización occidental pueda pactar con ella llegando a una síntesis doctrinaria. "Civilization cannot long survive half totalitarian and half free". Esta frase leniniana, mirada desde el ángulo liberal, hace prever una guerra inevitable para la que la única garantía es el armamento. (Página 126.)

E. S.